

Palabra de Casanova

El amor, una guerra sin ningún engaño

«No he tenido escrúpulos en engañar a bribones y necios. Por lo que se refiere a las mujeres, se trata de engaños recíprocos que no deben tenerse en cuenta, pues cuando el amor interviene, ambas partes suelen resultar engañadas»

De profesión: abogado del diablo

«Mi vocación era la medicina, pero no me escucharon. Decían que sólo podría hacer fortuna siendo abogado, aunque sentía una aversión invencible por las leyes y, lo que es peor, abogado eclesiástico, porque se decía que tenía el don de la palabra»

Entre rejas, en los Plomos venecianos

«Allí dentro, en prisión, llegué a desear la compañía de un asesino, de un loco, de un enfermo hediondo, de un oso. Bajo los Plomos del Palacio Ducal (en Venecia) la soledad desespera, pero para saberlo hay que probarlo»

España y los españoles: laberinto de pasiones

«Los hombres tienen una mentalidad limitada por una infinidad de prejuicios, mientras que las mujeres son, en general, más desenvueltas; unos y otras están sujetos a pasiones y deseos tan vivos como el aire que respiran»

El imperio de los sentidos contraataca

«Cultivar los placeres de mis sentidos fue toda mi vida mi principal tarea. Sintándome nacido para el otro sexo, siempre lo he amado y me he hecho amar por él cuanto he podido. También he amado las delicias de la buena mesa con ardor»

Las esperadas memorias del amante veneciano

Casanova, el oficio de amar

Vivió para amar, amó para vivir. Casanova hizo de su corazón un nido de pasión y de deseo. **Ya en su madurez, dio cuenta de su existencia en «Historia de mi vida»,** libro que por primera vez se publica en España en su versión original

POR MANUEL DE LA FUENTE

MADRID. Su oficio fue vivir, su profesión, amar. Fue veneciano descendiente de aragoneses de pro (los Casanova), hijo de comediantes, leguleyo, seminarista, predicador tonsurado, militar, tornero, violinista, jugador casi empedernido, autor teatral, loteo, preso, espía, confidente, cabalista, masón, duelista, moroso, ilustrado (ilustradísimo, más bien), dilapidador, bibliotecario. Viajó por todos los paisajes de la Europa del XVIII (de Madrid a Moscú) y recorrió con detenimiento docenas de geografías humanas, docenas de cartografías de la pasión, docenas de mapas del deseo: Teresa Imer, Lucrezia, Marton Savorgnan, Teresa Lanti, Angiola Caroli, Henriette, Caterina Capretta, Maria Morosini, Giustina Wynne, Manon Balletti, doña Ignacia, Mariuccia, Guglielmina...

Trató de tú a tú a reyes (Federico II de Prusia, Luis XV de Francia) y reinas (la zarina Catalina II de Rusia), no fue juez y casi siempre fue parte, conoció a príncipes, conoció a mendigos, y acabó su vida olvidado de casi todos. Pero antes, con más de medio siglo a cuestas, en 1789, quiso



Sobre estas líneas, un amante «secuestra» a su amada tras echar «El cerrojo». A la derecha, otra escena de inspiración casanovesca, «El beso robado». Ambos cuadros fueron pintados por H. Fragonard (1780)

dejar constancia por escrito de su existencia intensa y desbordante, de sus días (y sus noches, muchas noches) vividos a quemarropa, existencia apurada hasta el último sorbo y compilada con el nombre de «Giacomo Casanova. Historia de mi vida», más de tres mil páginas cuya versión original completa es por fin traducida al español y publicada entre nosotros por la editorial Atalanta.

Antorcha en mano

Quien ha llevado a cabo esta hercúlea y exhaustiva tarea de traducción y de las innumerables notas al margen a pie de página ha sido Mauro Armiño. Antorcha en mano hace de guía en esta inmensa ciudad de los prodigios que son

La vida de Casanova fue una afirmación de la libertad del individuo en una época en que era algo desconocido

Giacomo hace un relato como si el lector pasara la tarde junto a él ante el fuego

las memorias del amante veneciano. La primera dificultad ha residido para Armiño en «intentar trasladar el lenguaje directo, de relato oral, de un Casanova que maneja más o menos bien el francés;

ese más o menos quiere decir que a veces su sintaxis no es muy buena, que aprendió algún término equivocadamente y siguió con el error hasta el final. Lo más difícil ha sido eso, desde luego, no salirme del lenguaje directo y de la oralidad».

Parte del camino, el biográfico, tal y como cuenta Mauro Armiño, ya había sido abierto «por los casanovistas desde los años veinte del siglo pasado, que desbrozaron todos los vericuetos y misterios que «Historia de mi vida» encierra; con su investigación trataron de responder a quienes en aquella época tenían las memorias de Casanova por una novela. Han rebuscado en todas partes, desde partidas de nacimiento hasta actas

de defunción del menor de las personas citadas, y ahora sabemos de cada paso que dieron; tarea muy difícil, porque si es fácil saber quiénes fueron Catalina de Rusia o el conde de Aranda, la historia de mi vida está poblada por personas que no fueron, como ésas, históricas. He aprovechado, lógicamente, todo ese corpus casanoviano, al que he añadido algunas precisiones sobre los personajes españoles o he aprovechado estudios de última hora, como la biografía del fascinante chevalier d'Enghien aparecida este mismo año».

«Casi oral»

Escribía como si hablase, como si Casanova quisiera hechizar y seducir con su don



Memorias sensuales (y sexuales) de África

«Unos meses después, aquella sirvienta africana me concedió, cediendo a mis instancias, sus favores; en tal ocasión conocí la falsedad de la máxima que dice que cuando la lámpara está apagada todas las mujeres son iguales»

Inteligencia: una rara avis en España

«Pero lo que me causó un verdadero placer en aquella comida fue haber conocido a Campomanes y a Olavide. Eran dos hombres inteligentes, de una especie muy rara en España: luchaban públicamente contra los abusos religiosos»

Amor: quien espera siempre desespera

«Éramos cuatro, hacía tres horas que hablábamos y yo era el héroe de la situación. El amor es gran poeta, y su materia inagotable; pero si el fin al que aspira no llega, se aburre de esperar como la masa en casa del panadero»

Con la ayuda y la providencia de Dios

«Creo en la existencia de un Dios dueño de todas las formas; y lo que me demuestra que nunca lo he dudado es que siempre conté con su providencia, recurriendo a él en todos mis infortunios mediante la oración y siendo siempre escuchado»

Posiciones poco estratégicas

«Vi que la dificultad sólo dependía de la posición en que ella se colocaba; habría debido pegarle. Me decidí como un loco a triunfar sobre ella por la fuerza, pensando que conseguiría violarla. La edad de las proezas de ese tipo había pasado»



de lenguas («hace un relato casi oral: es como si el lector estuviera pasando la tarde con él, sentados frente a frente al amor de la lumbre», dice Armíño), y lo hizo en francés, «que era en el siglo XVIII la lengua común de la aristocracia de toda Europa, mientras que su lengua materna, el italiano, aún no estaba unificado y cada República hablaba un, llamémoslo así, "dialecto" que dificultaba su universalidad».

Según el traductor de estas casanovescas memorias, Giacomo tira del hilo de su memoria «para recordar los sucesos de su vida y para justificar su existencia, que le ha traído y llevado por las cortes y las cárceles de toda Europa. Y también rendir, desde la

vejez, un homenaje a algunos de los amores más luminosos que tuvo».

Escenas de amor que en algún pasaje fueron censuradas por escabrosas en la primera versión de Jean Laforgue de principios del XIX, aunque Mauro Armíño subraya y explique que «ni siquiera eran escabrosas para finales del XIX ni principios del XX; aunque hay que tener en cuenta que la censura del XIX fue tan rigurosa y desmedida que Baudelaire o «Madame Bovary» —que hoy leen en Francia los bachilleres en clase— fueron condenados en los tribunales».

Cosmopolita, insaciable curioso, amigo del buen fogón, del buen caldo, y de la mejor cama, culto, refinado,

intelectual («era un hombre culto, que tiene sus latines, y con ellos toda la cultura clásica aprendida en la adolescencia»), viajero impenitente e incansable («fueron el Destino y la Necesidad las que lo convirtieron en viajero incansable; desea conocer otros países, pero lo cierto es que siempre pasa las fronteras perseguido»), Casanova fue «desde luego un hombre de su tiempo; quizá el hombre más de su tiempo, un ilustrado insatisfecho que busca aquí y allá los diferentes modos y las diversas costumbres que hay en casi toda Europa. Su visión del mundo era, desde luego, una de las puntas de lanza de su época».

Don Giacomo también escribió novelas y análisis litera-

Dos siglos esperando la edición íntegra

Se cree que, probablemente, Giacomo Casanova empezó a escribir su autobiografía en 1789, en el otoño de su vida, cuando era bibliotecario del conde Walstein, en Bohemia, ya enfermo y en el otoño de su vida. Sus memorias quedaron en poder de su sobrino, Carlo Angiolini. Permanecieron en poder de la familia hasta su venta, en 1820, al editor Brockhaus de Leipzig, quien la edita, en unión de la editorial francesa Plon, en doce volúmenes entre 1826 y 1838 por Jean Laforgue, quien limpia la obra de italianismos y «escabrosidades». En 1960 se realiza una nueva edición por los mismos editores, que parte del manuscrito original y lo transcribe íntegramente y respeta la ortografía y la puntuación. Cincuenta años después, al fin llega la edición española de Atalanta.

rio sobre el «Ariosto», por ejemplo, y trabajó junto a Lorenzo da Ponte y Mozart en el libreto del «Don Giovanni», más rostros de este hombre polifacético, poliédrico, todo un personaje, pero no creado por él mismo a través de estas memorias, como ratifica Mauro Armíño: «Todo su relato es verídico, no hay fabulación, salvo algunos pasajes novelescos; y no se inventa él como Casanova, porque cuando aparece por las cortes europeas todos saben quién es, qué hace y a qué se dedica, a seducir y fascinar mujeres».

La política, sin embargo, no se asoma a estas páginas, salvo de una manera circunstancial, como por exigencias del guión. «Sí, apenas si hay alusiones de tipo político

—matiza el traductor de la obra—; por supuesto, echa pestes contra su Venecia natal, su patria, hasta el momento en que, ya cansado de tanto trajín, quiere volver y ganarse la confianza de un patriciado al que le había sentado como una bofetada la carcajada que recorría Europa cuando todos invitaban a sus cenas a Casanova, desde el rey Luis XV hasta nuestro conde de Aranda, para que les contase su fuga de los Plomos. Alguna alusión contra la Revolución Francesa que había despojado a la aristocracia de sus oropeles y su poder, porque además de las mujeres, lo que Casanova también persigue es entrar en ese círculo».

Relato de costumbres

Más bien y, sobre todo, nos encontramos en estas tres mil y pico páginas, «además de un relato de costumbres que ahora nos parecen exóticas pero que fueron las de nuestros abuelos de hace cinco o seis generaciones, con un manual de seducción, al menos el ejemplo palpable de los poderes de fascinación que tenía Casanova». Mito, leyenda, con qué cara, con qué credenciales ha pasado el seductor veneciano a las páginas de la historia. «Sus hechos, su visión del mundo no dan para que se convierta en un mito clásico, como Don Juan o la Celestina, él se incrusta al lado de esos dos mitos como ejemplo de la vida real; es decir, entra en el mito pero por la puerta de servicio. Casanova es un individuo que se explica, se justifica y, en la vejez, repasa los momentos trágicos, aciagos, amorosos, dulces, etcétera, de una vida nada ejemplar que resulta una afirmación de la libertad del individuo en una época en que este concepto se desconocía».

«El amor no se busca, se encuentra», escribió el poeta. Giacomo Casanova, de oficio, enamorado, de profesión, sus conquistas, lo convirtió en la empresa de su vida.